

Ciencias morales
Martín Kohan
2007
Selección de fragmentos

Fragmento 1.

El sonido del timbre, que los demás por lo común calculan, a ella esta vez la sobresalta: es el final del recreo. Ese timbre, que suena con firmeza pero no con estridencia, dura exactamente cincuenta y cinco segundos, algo menos de un minuto. Es un dato que nadie ignora. Hay una razón muy concreta para que convenga saberlo, y para que la medición se ajuste a la precisión cronometrada de los cincuenta y cinco segundos en vez de conformarse con el cálculo somero del minuto completo, y es que en el momento exacto en el que el timbre calla, sin que el eco del timbre sea considerado parte del timbre, es obligatorio que los alumnos hayan formado fila, en perfecto silencio y en el orden progresivo de las respectivas estaturas, delante de la puerta del aula que corresponde a cada una de las divisiones.

Tercero décima forma delante de la penúltima puerta del claustro. No pocas veces se escucha una pisada, el roce de una suela en el piso, y a veces hasta una risa, una vez que el sonido del timbre cesó, y es una ocasión en la que deben intervenir los preceptores.

—Silencio, señores.

Entonces sí que nada se oye. Si lo que hubo a destiempo fue un paso tardío, es preciso verificar que tras el error los alumnos estén debidamente quietos. Si lo que hubo, en cambio, con mayor gravedad, fue una risa, una risa o un rumor de risa, hay que tratar de ubicar al jocoso, que con toda probabilidad seguirá tentado, para hacerlo salir de la fila y para proceder a sancionarlo. La cabeza gacha es la manera habitual de delatarse en estos casos. Lo más frecuente, sin embargo, es que la consigna se cumpla sin contratiempos.

—Tomen distancia.

Una única voz suena para todo el claustro. Parece rebotar y repetirse, por efecto de la altura de los techos o el grosor de las paredes, pero todos saben que no ha habido repetición alguna, que las órdenes se dan una sola vez y con eso es suficiente. Tomar distancia es un aspecto fundamental en la formación de los alumnos del colegio. Aunque se pongan en fila, uno detrás del otro, y aunque respeten el orden progresivo que va de menor a mayor, hasta que toman distancia los alumnos lucen todavía en desorden, reunidos pero no formados, con cierto aire de dejadez que es indispensable despejar. Una vez que toman distancia, la doble hilera adquiere en cambio rectitud y proporción, una justa simetría por lo demás muy adecuada. Para hacerlo hay que extender el brazo derecho, sin doblar el codo por supuesto, y apoyar la mano, y mejor que la mano el extremo de los dedos, en el hombro derecho del compañero de adelante. Como ese compañero es, por definición, más bajo que el que le sigue, cada brazo traza una línea perfectamente recta, pero también en suave declive. Así es como se hace, ahora y siempre. Las chicas forman adelante y los varones atrás.

Ciencias morales

Martín Kohan

2007

Selección de fragmentos

Fragmento 2.

Este que va pasando, en el lento progreso del otoño hacia el invierno, es el primer año de María Teresa como preceptora en el colegio. Entró en febrero, cuando todavía hacía calor, tres semanas antes de los exámenes de marzo y seis semanas antes del comienzo del ciclo lectivo. El señor Prefecto la entrevistó en primer término, y decidió su incorporación. Luego el señor Biasutto, jefe de preceptores, en una sola entrevista de no más de quince minutos de duración, le reveló, entre otras pericias, qué clase de actitud convenía adoptar para la mejor vigilancia de los alumnos del colegio. No era fácil obtener eso que el señor Biasutto denominó «el punto justo». El punto justo para la mejor vigilancia. Una mirada alerta, perfectamente atenta hasta el menor detalle, serviría sin dudas para que ninguna incorrección, para que ninguna infracción se le escapara. Pero esa mirada tan alerta, por estar alerta precisamente, no podría sino manifestarse, y al tornarse evidente se volvería sin remedio una forma de aviso para los alumnos. El punto justo exigía una mirada a la que nada le pasase inadvertido, pero que pudiese pasar, ella misma, inadvertida. Los profesores lo sabían bien; por eso se ubicaban, al tomar una prueba escrita, contra la pared del fondo del aula: para ver sin ser vistos. El atisbo de reojo delata sin excepción al alumno que alberga alguna intención de copiarse. Los preceptores debían alcanzar esa misma destreza para obtener un sigilo igualmente implacable. No para «mirar sin ver», que es como la frase hecha define al distraído, sino al contrario, para ver sin mirar, para poder verlo todo sin que parezcan estar mirando nada.

Ciencias morales

Martín Kohan

2007

Selección de fragmentos

Fragmento 3

El cuerpo de preceptores tiene la facultad, pero más que la facultad la obligación, de interceptar al alumno que anda suelto por el colegio, requerirle su carnet, verificar allí la foto y el nombre y el turno al que pertenece el alumno en cuestión, y si un alumno del turno tarde se encuentra en el colegio durante el horario de la mañana, o un alumno del turno mañana se encuentra en el colegio durante el horario de la tarde, exigirle las explicaciones del caso. El señor Biasutto tomó la palabra, con la autorización asentida del señor Prefecto, para especificar que únicamente las explicaciones brindadas sin rodeos ni vacilaciones podían tenerse por insospechables. El señor Biasutto, que es jefe de preceptores, cuenta con gran prestigio en el colegio porque es sabido que, hace unos años, fue el responsable principal de la confección de listas, y se da por seguro que en algún momento, cuando la dinámica de la designación de autoridades lo permita, ocupará a su vez el cargo de Prefecto.

La segunda reunión que requirió una llegada más temprana al colegio tuvo por objeto aclarar al cuerpo de preceptores cuáles eran los alcances geográficos de su competencia. El reglamento del colegio rige no solamente en el interior del edificio, y por adición en las dependencias del campo de deportes que se encuentra en la zona portuaria, sino que se extiende hasta doscientos metros más allá de lo que es estrictamente la puerta de entrada a

la institución. Toda la cuadra que ocupa el colegio, vale decir su vereda y la vereda contigua de la iglesia de San Ignacio, pero también la cuadra siguiente en dirección a Plaza de Mayo, la que va desde la calle Alsina hasta la calle Hipólito Yrigoyen, y aun la cuadra del otro lado, la que va desde la calle Moreno hasta la avenida Belgrano, y por añadidura la manzana entera, que el colegio ocupa en gran parte y que es célebremente conocida como la manzana de las luces en la historia de la ciudad, están regidas por las pautas y las sanciones que se determinan en el reglamento del colegio. Es decir que también allí, en la esquina o a la vuelta o en la cuadra de enfrente, los preceptores del colegio deben ejercer sus funciones y controlar, por poner un caso, que los varones no lleven floja su corbata azul o desabrochado el primer botón de su camisa celeste, o por poner otro caso, que las chicas no lleven el pelo suelto y sin vincha o la camisa celeste sin ajustar con la doble cinta azul reglamentaria.

Por lo demás, el comportamiento de un alumno del Colegio Nacional de Buenos Aires debe ser inexorablemente ejemplar en cualquier circunstancia y en cualquier sitio donde se encuentre, y los preceptores tienen el deber de interferir toda conducta irregular que puedan detectar en un alumno del colegio, no importa en qué lugar se cometa la falta, y hacerla saber con prontitud a las autoridades, ya se trate del señor Prefecto o ya se trate del señor jefe de preceptores. Viene siempre muy a cuento, para ilustrar esta cuestión, el caso de los alumnos de quinto quinta que fueron sancionados a fines del año anterior por haberse conducido con severa indiscreción en la calle Florida, la más nutrida de la ciudad, sin advertir que un preceptor del colegio, que pasaba por ahí por pura casualidad, tomaba debida nota de sus vociferaciones.

Ciencias morales

Martín Kohan

2007

Selección de fragmentos

Fragmento 4

El señor Biasutto le cuenta lo que fueron los años más difíciles para el colegio y para el país. Una etapa que felizmente parece haber sido superada, aunque confiarse sería el error más terrible. María Teresa siente que éste es el momento de preguntarle por las listas, el momento de pedirle que le cuente sobre la confección de listas; pero no se anima y calla. El señor Biasutto ha concebido una comparación: la subversión, le explica, a ella que es novata, es como un cáncer, un cáncer que primero toma un órgano, supongamos la juventud, y la infecta de violencia y de ideas extrañas; pero luego ese cáncer hace además sus ramificaciones, que se llaman metástasis, y a esas ramificaciones, que parecen menos graves, hay que combatir las de todas maneras, porque en ellas el germen del cáncer late todavía, y un cáncer no se acaba hasta tanto se lo extirpa por completo. El señor Biasutto desliza un dedo lento por su bigote oscuro, en actitud de recuerdo. Ya pasó la etapa, dice, en que teníamos que perseguir actividades ilegales y secuestrar materiales de alta peligrosidad (algún día, le dice confidante, bajando el tono y hablando al oído de María Teresa, le haré ver esos materiales, que conservo en un archivo de la penetración ideológica). El colegio, y el país, han podido salir airosos de ese período, pero de qué serviría haber atacado el cáncer si vamos a despreocuparnos de sus ramificaciones. El señor Biasutto intenta un gesto, que deja incompleto y que María Teresa no entiende, un gesto que acaso habría entendido si hubiese existido del todo, aunque cree que consistía en sujetar su brazo de novata, de preceptora novata, con la mano sabia y firme de un jefe de preceptores de trayectoria intachable. La mano se detiene a mitad de camino, como atacada de amnesia. Otra comparación nace al instante de la inspiración del señor Biasutto: la subversión es un cuerpo, pero también es un espíritu. Porque el espíritu sobrevive y alguna vez bien puede reencarnar en un nuevo cuerpo. Fumar en los baños del colegio ¿qué es? El señor Biasutto hace una pausa, pero María Teresa ha entendido que esta pregunta es retórica. En otra época, y aun en otro colegio, responde él mismo, es una travesura: la típica travesura de la adolescencia descarriada. En este tiempo, y en este colegio, es otra cosa: es el espíritu de la subversión que nos amenaza.